



conquista de los geriones, segun ya lo contamos en el primer libro. De manera que tanto por estas nuevas que tuvieron de ser aquellos de Cádiz sucesores y descendientes de las compañías del gran Hércules, como porque siempre descubrian alguna relacion y memoria de los mojonos ó piedras grandes á manera de columnas, que comunmente decian Hércules haber allí dejado, tuvieron esperanza los fenices que hallarian en Cádiz ó por sus alrededores mejor despacho de su demanda que por otra parte de España. Y así comenzaron á se meter en ella con sus navios y capitanes muy de rondon y de propósito.

CAPÍTULO VIII.

Cómo los vecinos de Cádiz recibieron en su ciudad á los fenices de Sidon y Tiro nuevamente venidos, los cuales ocuparon poco despues un templo muy antiguo cerca de Tarifa. Declárase juntamente cómo la tierra de Cádiz era isla por aquellos tiempos, y la razon por qué tambien ella como su ciudad fueron llamadas del nombre que tiene al presente.

Luégo que los fenices de Sidon y de Tiro llegaron á Cádiz, saltaron en tierra sin estorbo de nadie, y allí puestas sus aras ó altares sobre la ribera, comenzaron las plegarias y sacrificios á sus ídolos, como de continuo lo hacian en las otras partes de España donde cada dia tocaban. Aquí dicen que fueron los agüeros y señales muy conformes á lo que pretendian, tales, que conocieron ser ésta la provincia donde los dioses les mandaban asentar; de lo cual recibieron increíble contentamiento, mostrando grandes alegrías con regocijos y fiestas que hicieron en la ribera, dado que poco despues les sucedió gran tristeza con la muerte de su capitan Pigmaleon, que falleció de cierta dolencia que primero traía; mas luégo hicieron en su lugar otro para que residiese con ellos, y como cabeza principal recibiese y hablase con los moradores de la tierra, que juntamente con los otros comarcanos del Andalucía comenzaron á venir muy á menudo, segun lo suelen hacer en semejantes negocios, para ver el aparato de las flotas, y las maneras y trajes de la gente recién llegada, señaladamente hacian esto más continuo que nadie los vecinos del Puerto de Santa María, llamado por estos dias el Puerto de Menesteo, que siendo más vecinos á Cádiz que ninguno de los otros andaluces, principiaron esta visitacion, con los cuales tomaron plática y amistad estos fenices de Tiro, que les trajo gran provecho para los negocios venideros, á causa que los

del Puerto, allende de ser gente discreta y algo más entendidos en la contratación del mundo que los otros andaluces sus vecinos, por ser de su naturaleza linaje mezclado de españoles y griegos, como en los cuarenta y tres capítulos del primer libro escribimos, tenian tambien grandes entradas y participaciones entre los de Cádiz. Y con les haber estos fenices ganado la voluntad, dándoles muchos atavíos, joyas y riquezas de las que traian, hallaron muy más llanas entradas y ménos estorbo. Declararon junto con esto á los que por allí vivian, cuánto parentesco tenian ellos con todos los de su tierra, porque como los eritreos que primero poblaron á Cádiz era naturales de la region comarcana del Mar Bermejo, que por otro nombre se dice Eritreo, bien así los fenices que poblaron á Tiro fueron nacidos cerca del mismo mar, y se llamaban tambien eritreos, por tanto que no recelasen su conversacion, pues todos eran una casta y linaje, como de parientes á quien ellos reconocian ser obligados, y se podian aprovechar de sus bienes, personas y haciendas, igualmente que si fuesen todos una cosa; cuanto más que no sin causa y misterio grande venian allí con mandado y amonestacion de los dioses, que milagrosamente los enderazaron en aquellas partes, para que visitasen estos sus hermanos puestos en lo postrero del mundo, alejados de la conversacion humana de las otras gentes fuera del mar Mediterráneo por donde corrían á la sazón las negociaciones y bienes más importantes entre las naciones del mundo.

Mostráronles despues los atavíos extraños de sus joyas y riquezas, declaráronles las magnificencias y grandezas de Tiro, sus edificios, sus tratos, sus flotas, y el gran señorío que tenian en la tierra de Fenicia: sobre todo la pujanza que traian en las aguas, con que tambien señoreaban al presente todo el mar Mediterráneo juntamente con las poblaciones de su gente, que ya residían sobre la marina por diversas partes del mundo. Y de hecho tal era la verdad, que en aquellos tiempos no fué cosa más engrandecida ni suntuosa que las navegaciones y los aparatos de estos fenices. Estaba por estos dias la poblacion ó villa principal de Cádiz en las partes occidentales de aquella tierra, y no en la punta postrera de ella, como relatan algunos, contra el Poniente Septentrional frontero del Andalucía, cuyos moradores y naturales eran gente feroz y no bien aplacada. Mas estos de Tiro tuvieron con ellos tales cautelas, y los supieron llevar con tan buena manera, que finalmente los recibieron entre sí, permitiéndoles que dentro de su misma pobla-



cion tomasen la parte que quisiesen donde pudiesen morar y recoger las mercaderías en que trataban. Este pedazo del pueblo que les fué señalado, atajaron los fenices al principio con palenques, y setos y vallados en el derredor, por estar más pertrechados y seguros; y despues andando los dias cercaron lo uno y lo otro de piedra fuerte bien labrado, segun el arte que se podia saber en aquel tiempo, y por causa del primer seto y atajo, se comenzó de llamar entre ellos toda la poblacion Gadir, ó segun otros dicen Gadiruta, que significaba en lengua de estos fenices lo mismo que baluartes, ó setos, ó cercas; la cual hasta sus dias ni tenía nombre particular, ni los españoles comarcanos le decian sino la villa de los Eritreos. Por causa tambien de la tal ciudad toda la tierra derredor fué nombrada Gadir, y discurriendo los tiempos se dijo Gádes, y despues Gález, y ahora más corruptamente la llamamos Cádiz. Donde parece manifesto el error de los cronistas españoles, que dicen Cádiz haberse nombrado así, porque Gádes quiere decir columnas ó mojonos de Hércules, segun lo escribe Mosen Diego de Valera y los otros á quien él imita en su crónica. Bien claro manifestaron las historias de los fenices ser Cádiz isla formada cuando sus gentes vinieron acá, desviada de todo punto de las riberas del Andalucía, con las cuales dicen que fué junta y continuada los tiempos antiguos, como tambien lo dejamos escrito en algunos capítulos del primer libro. Mas dado que no sepamos cierto cuánto trecho de mar la dividía de la sobredicha ribera, por lo más cercano debió ser poquísimo; pues tambien hoy dia lo hallamos tan pequeño, que no pasa de la mitad de medio cuarto de legua por el agua; y en algunos de aquellos tiempos antiguos fué tanto ménos de esto, que con una calavera de bestia muerta puesta en la mar para poner el pié pasaban con un paso desde el Andalucía á la isla, sin que los piés del que pasaba se mojasen, ni la calavera se cubriese, como hasta hoy lo tenemos en memoria y recordacion de nuestra gente, que comunmente lo platica así. Tampoco sabemos el tamaño cierto y cabal que tuviese Cádiz cuando los fenices en ella vinieron, aunque sea notorio los otros tiempos haber sido mucho mayor de lo que ahora es, tanto, que fué tiempo como ya dije, donde tuvo despues de ser isla doscientos mil pasos en derredor, que son casi cincuenta leguas españolas, y cuarenta mil pasos en ancho contra el Occidente, que son poco ménos de diez leguas, si las medidas y cuenta de los cosmógrafos que hablan en ella no van erradas en sus libros por culpa de los escribientes; lo

cual acaece muchas veces, y particularmente por las escrituras que tratan de números y medidas puestas en figuras ó letras de cuenta, donde si los que lo trasladan no son fieles escritores bien avisados en lo que hacen, con una cifra que añadan en la cuenta que llaman algarismo, añaden mucha suma por sus escrituras; y si tambien la dejan de ménos, quitan gran parte de la verdad.

Lo mismo se hace con las figuras de la cuenta latina, que con una raya ó vergüecita á manera de tilde que pongan en ello de más de lo que ha de ser, crece los números diez veces tanto, y si por olvido la dejan, se pierde lo mismo. Así que desta manera y en este tiempo sobredicho, los fenices de Tiro se metieron en Cádiz, con intencion de saltar poco despues en las provincias de Andalucía, y en otras cualesquier partes de España que pudiesen, para lo cual hallaron gran aparejo en la amistad asentada con los vecinos del Puerto de Santa María, cuya conversacion les fué gran ayuda para comunicar, y discurrir y reconocer todas aquellas marinas, considerando y notando las estancias della, donde quiera que las habia, con los puertos que se podian poblar, como gente sagaz y ejercitada en los negocios del agua, para tener en ella todo lo que pudiesen. En las poblaciones asimismo de la costa donde quiera que las hallaban, metíanse mucho: daban joyas, atavíos, herramientas, con otras cosas apacibles á las personas que les parecia convenir, para confirmar en ellas su conocimiento y amistad: señaladamente continuaban muy á menudo las romerías de cierto templo devoto muy antiguo, que caía no léjos de Tarifa ó Tarteso, segun que los griegos la nombraban, y donde reverenciaban al dios Hércules Egipciano sobre la ribera del mar, y allí comunmente se creía por cierto quedar sepultados los huesos y reliquias deste dios Hércules. Y por aquello tuvieron gran advertencia los fenices á continuar su devocion muy de propósito, por se dar á conocer, y tambien conocer ellos las personas del Andalucía, que concurrían en este templo de continuo. Con este pensamiento se metían tanto en adornar y favorecer los sacrificios de aquel ídolo, que los españoles cuantos primero lo poseian ó negociaban su ceremonia lo dejaban casi todo, y se lo pusieron en las manos, por ser muy más aventajado, y más pomposo y más concertado lo que hacían estos fenices, que todo cuanto primero se usaba, de lo cual se les recrecieron muchos intereses con las limosnas y dones continuos del templo, que bastaban en abundancia para la costa de sus adornamientos y sacri-



ficios, y sobraba mucho para quien los recibía, según lo traían en buen concierto, como suele de continuo ser en las cosas hechas ordenadamente, que siempre cuestan muy ménos y lucen mucho más. Con aquello anduvieron los fenices tan señalados y tan amados entre los españoles de la tierra, que los reputaban por gente muy amiga de los dioses, y se dejaban tratar y mandar dellos con gran humildad. Los de Cádiz también se tenían por dichosos y bienaventurados en haberlos recibido consigo, y allende de mostrarse favorecidos y muy ufanos con el parentesco de Sidon y Tiro, cada día se mejoraban en sus costumbres, y con la nueva conversacion destes fenices perdían la fiereza que siempre tuvieron, placiéndoles mucho los tratos y buenas maneras que dellos aprendían, y mostraban tal contentamiento, que lo tenían en reputacion de merced muy crecida que los dioses les hubiesen hecho.

CAPITULO IX.

De los edificios que los fenices hicieron en Cádiz y de las cosas más notables que sabemos haber en un templo que los tales allí fundaron, quanto á las aguas, fuentes, árboles y muchas otras cosas que tuvo dentro y fuera. Donde también se relatan las medidas y tamaño desta isla.

Apoderados los fenices en el templo de los tartesios parecióles dende á pocos años ser aquel sitio más conveniente para tener el asiento y estancia de sus contrataciones y de los otros negocios que traían entre manos, que no para templo ni lugar de devocion, y que les importaría mucho si lo fortaleciesen y quitasen de él aquellas romerías y multitud de gente que continuo lo visitaba. Lo cual hacían mucho á su propósito por lo tener de cualquier otra manera libre, así por estar en lo firme de España como por caer sobre la mar, y tan junto al Estrecho, que siendo necesario podían en todo tiempo impedirlo y ocuparlo desde allí con armadas, y vedar la salida del mar Océano de Poniente á quien se les antojase. Con esta voluntad propusieron de labrar otro templo en la isla de Cádiz más suntuoso y magnífico para reverencia y memoria de los dos Hércules egipciano y griego, y traspasar en él todas aquellas devociones de la comarca, cuyos edificios pusieron luego por obra, comenzando su fundacion casi en el año de ochocientos y quince, ántes que el Hijo de Dios naciese. Tal diligencia trajeron en ello, que pasados pocos años lo tenían ya puesto en mediana perfeccion, bien bastecido de ministros y sacrificadores

y de todo lo que más convenia para engañar á los hombres inocentes del Andalucía á quien el demonio movía por este siglo con semejantes vanidades, y poco despues traspasaron en él desde el otro templo los huesos de aquel Hércules Egipciano con todo su monumento y adornamentos, y con las dos columnas cuadradas de capiteles y letras antiguas españolas que en él estaban vaciadas de plata y oro juntamente hundido, como ya lo dijimos en los diez y ocho capitulos del primer libro. De manera que con la fama del nuevo edificio de Cádiz y con otras invenciones que le pusieron, todas aquellas marinas del Andalucía venían á él muy de continuo con limosnas y presentes, y poco á poco se fueron olvidando las visitaciones del templo primero de los tartesios, porque de todo punto quedaba ya hecho más casa de negocios que de devocion, y le faltaban las solemnidades acostumbradas, las cuales sobraban en el templo de Cádiz mucho más pomposas y con más veneracion, y con otras cosas dignas de ver que cerca de él y en él había. Destos era mucho de notar el buen sitio donde lo fundaron que fué contra las partes orientales de la isla, casi en lo postrero della, que cae más cercano con las riberas del Andalucía, donde comunmente decían las gentes aquel Hércules egipciano haber puesto los tiempos antiguos dos mojones de guijarros ó piedras grandes que parecían allí cuando vino en España contra los hijos de Gerion, aunque los poetas digan que su Hércules griego lo hubo puesto. Por esta causa también los cronistas y mareantes de Grecia llamaron despues aquella punta oriental el cabo Herácleo, que quiere decir Herculaño, apartado de la poblacion de Cádiz doce millas de trecho; el cual asiento publicaban despues las gentes vulgares haber sido escogido en aquella distancia doce millas, por ser también doce hazañas las más trabajosas y más afamadas que de tal Hércules platicaban. Había en esta parte también junto con aquel templo dos pozos llenos de milagros: el un pozo hondo, á manera de fuente, con unas gradas en derredor que manaba agua no mucho dulce, la cual crecía y menguaba dos veces cada día y otras dos cada noche, según que también lo hace la mar en aquellas partes, lo que no suele acontecer en otras aguas de pozos ó fuentes donde las hay.

Crece cuando menguaba la mar, y menguaba cuando la mar crecía, mostrándosele discrepante en los tiempos del movimiento, siendo conforme casi en el sabor. El otro pozo junto con éste fué muy al contrario, porque su



agua, dado que poca, salía dulce y delgada y suave, sin que la mar pudiese rezumar en ella ni mezclársele por debajo de tierra, ni corromperla ni dañarla, y en las crecientes y menguantes que también tenía, conformábase con las de la mar en todos sus tiempos y sazones, siéndole contraria en el sabor y en todo lo demás. Cerca de aquí tenían un árbol no ménos maravilloso que los dichos dos pozos, cuya corteza, color y madera parecía semejante con la de los pinos, sino que las hojas eran tan anchas como cuatro dedos y tan largas como un codo, muy espesas; los ramos todos corvos en redondo desde lo muy alto hasta lo bajo, que tocaban en el suelo; de los cuales si quebraban ó cortaban alguno, salía de la hendidura zumo blanco como leche, muy diverso del zumo que salía de las raíces cuando las hendían, que parecía colorado, tanto más teñido, cuanto más bajo lo cortaban, á manera de sangre; por cuya razon la gente de la tierra publicaba continuamente ser allí la parte donde los tres hijos de Gerion fueron sepultados en otro tiempo, y así lo llamaban el árbol de los Geriones, creyendo que de sus cuerpos había salido y nacido, y que la sangre suya dellos era el humor bermejo que por el árbol estaba embebido y manaba cuando lo hendían. Y puesto que primeramente no tuviesen allí más de aquel árbol solitario, vino tiempo despues que se crió de sus pimpollos y raíces otro de la misma figura y naturaleza, que fueron ambos solos en el mundo, según adelante dirémos. Quanto á las obras del edificio dentro del templo, parecía ser lo más principal dos aras ó dos altares magníficos que también allí fundaron, el uno para ceremonias que se hiciesen á la costumbre de Fenicia y Egipto, y el otro para sacrificar á la manera de Grecia, que solemnizaban comunmente los españoles del puerto de Menesteo con otros algunos sus comarcanos. Fué también mucho de notar una oliva de oro maravillosamente labrada y muy grande, que pusieron en el templo llena de frutas, como aceitunas gruesas y espesas, hechas todas de esmeraldas españolas, en memoria de su capitán pasado y de las divisas de olivas que trajo en las fustas cuando en aquellas partes llegó con ellos. La cual oliva llamaron de Pigmaleon; y los españoles, todos los siglos que allí permaneció, la miraban y reverenciaban, no tanto por las piedras y por el oro de su labor, cuanto por las otras perfecciones que tenía, mucho conformes al natural. Item, forjaron otras cuatro columnas de metal ó cobre vaciado, que levantaron con letras de buena faccion, donde se decían todos los gastos de la obra del templo,

con el tiempo que tardaron en lo hacer, á las cuales, como que fueran escritura santa, comenzaron á venir muchas gentes, así de los andaluces, como de los otros mareantes, y señaladamente formaron devocion particular en ellas los que se libraban de tormentas ó peligros en la mar ó los que fenecían sus navegaciones con la prosperidad que deseaban. A éstos, cuando llegaban en romería, los sacerdotes del templo les declaraban ser en aquella parte los fines postreros de la mar y de la tierra.

Fenecidas las obras del templo, comenzaron en la misma ciudad ó villa de Cádiz un castillo de piedra medianamente grande, para tener en él su defensa y acogida cuando les fuese menester, si por ventura sucediese algunas mudanzas entre sus vecinos; la cual fortaleza fué juntamente concluida poco tiempo despues. Y porque los atajos que los años ántes hubieron hecho también ellos en aquella poblacion de Cádiz cuando fueron recibidos en ella, como dijimos en el capítulo pasado, no serian ya más menester, según la mucha conformidad había sucedido entre ellos, los naturales del pueblo derrocaron estos baluartes y vallados con que lo tenían dividido; y así todos juntos, ellos y los vecinos antiguos de Cádiz, comenzaron á cercar la villa de piedra cuadrada, lo mejor obrado que supieron; la cual dicen algunos cronistas castellanos, haber sido la primera cerca de lugar en todas aquellas comarcas que fuese crecida y vistosa, de cuya semejanza se hicieron despues muchas otras cercas en el Andalucía; puesto que muchos otros afirman, las cercas de los lugares ser cosa tan antigua y tan usada para se remediar las gentes contra sus adversarios, que ya por todas las partes del mundo las había, cuanto más entre los españoles, que de sus nacimientos y principios peleaban unos con otros, y tuvieron entre sí parcialidades y bandos, y fueron acometidos de gentes extrañas, más que nacion alguna de cuantas sepamos. Mezclados con esto, hicieron más los fenices en Cádiz á su costa, y á su parte cierta torre, la cual era muy alta y bien recia, sobre la punta postrera occidental de la isla, que respondía frontero y muy cerca de una otra punta en la ribera del Andalucía, llamado el cabo Cronion, que significa tanto en la lengua primera de los griegos como el cabo del dios Saturno, no lejos de aquella parte donde hallamos ahora la villa de Rota, lugar bien conocido sobre la marina entre el Puerto de Santa María y la boca del rio Guadalquivir. De esta torre, cuando fué ya hecha, se aprovecharon los fenices en muchas cosas. La primera, en tener allí luminarias,



para tomar tiento de noche los que por la mar quisiesen venir á Cádiz, y tambien quedarles el sitio con ella fortalecido, y la pasada del Andalucía por allí muy más fácil que primero; lo cual era bien á su propósito de ellos, por caer mucho más juntas aquellas dos puntas una de otra de lo que ahora caen. Con estos edificios quedó su negocio tan reparado por aquella tierra, que podian hacer cuanto quisiesen libremente por toda Cádiz, y por sus comarcas; las cuales obras aunque fueron hechas con diligencia asaz y buen recaudo, no pudieron apresurarse tanto, que no gastasen en ellas más de cincuenta años de tiempo, que se vinieron á cumplir en el año 675 poco más ó ménos ántes que nuestro Señor Jesucristo naciese, contando desde el dia que el templo se comenzó sobre la punta postrera contra Levante de la tal isla, hasta la conclusion de la torre, sobre la punta segunda más occidental y postrera. Parece de esto que ya por aquellos dias toda la grandeza de Cádiz no pasaba de cuatro ó cinco leguas de largo, que son dos leguas ménos de las que hallamos ahora, si la torre sobredicha caia tan cerca de donde tenemos ahora la villa de Rota cuanto dicen, porque tanto puede ser en viaje derecho, caminando desde Rota hasta la poca mar entre Cádiz y el Andalucía, que ni parece, ni es la mitad que medio cuarto de legua, donde navega la barca llamada por este nuestro tiempo de Santi Petro, en que sospechamos cierto que tuvieron los ancianos, ó muy cerca de él aquel templo de los dos Hércules, tan afamado por todos los autores antiguos, latinos y griegos. Mas dado que los años y dias de la sobredicha labor, los fenices de Sidon y Tiro residiesen allí muy empedidos y negociados, no por eso dejaban juntamente con ella, de traer sus inteligencias entre los pueblos andaluces que caian por aquellas fronteras, y se metian y avecindaban en ellos con todas cuantas disimulaciones y cautelas podian, esto sobre la marina solamente, sin apartarse mucho del agua, para recoger á su salvo todo lo mejor y más precioso de la tierra que hallaban; y para tomar eso mismo noticia de las naciones comarcanas que moraban adentro, y de sus inclinaciones y tratos.

Y puesto que tambien alguna vez se desmandaron á pasar más adelante, nunca jamas osaron quedar en algun cabo de reposo; porque dado que de todas partes hallasen inocencia, simplicidad y buenas condiciones entre los andaluces, sintieron tambien gran aspereza mezclada con ferocidad mucho terrible. Así que por esta razon sobreyeron algunos pocos

dias en calar la provincia, no queriendo turbar el estado de la tierra, ni resolverla con los negocios que tenian imaginados, y segun de las historias podemos colegir, pasaron seis años largos, que cuanto á este artículo no movieron alguna cosa, ni procuraban otro negocio, más de llevar adelante sus tratos de mercaderías, conservando su comunicacion entre los andaluces moradores por aquella marina todo lo más blando y amoroso que pudieron.

CAPÍTULO X.

Cómo cierta gente de los españoles llamados celtiberos entró por diversas provincias españolas, y poblaron en ellas muchas ciudades, señaladamente por la region que los antiguos decian Lusitania, entre los rios Duero y Guadiana.

En aquel intervalo de tiempo, cuando los fenices de Sidon y de Tiro negociaban aquello desde Cádiz, los celtiberos españoles, de quien hicimos relacion en el tercer capítulo de este segundo libro, juntamente con aquellos galos celtas, sus progenitores, despues que pasaron el monte Idubeda, segun allí tambien dijimos, habian multiplicado tanto su generacion, que ya la provincia donde residian estaba llena de pueblos y de repúblicas, ordenados en mediano concierto. De éstas sobraba por la tierra mucho número de mancebos, hombres y mujeres, dispuestos para toda cosa, grandemente codiciosos de novedades, como siempre lo suelen ser las personas de tal edad; los cuales, así porque su provincia no bastaba para mantener ni dar haciendas á tanta gente, como por ser ellos inclinados á mover algun hecho notable, señalaron entre sí capitanes y cabezas, con que salieron en grandes compañías á buscar nuevas tierras donde cupiesen, imitando lo que sus antecesores habian hecho, cuando dejada la tierra de los iberos atravesaron los montes Idubedas, como ya declaramos. Toda su jornada fué contra las partes occidentales de España, penetrando por dentro de ella, la cual á la sazón era muy cerrada de montes, sin labor casi, ni granjería, sino fuese de ganado solamente. Y puesto que por algunas partes de la tal espesura hallasen poblaciones y figura de lugares ó villas, eran pocas y mal concertadas, tales, que con estar tan dentro de la tierra, parecia de ellas y del atavío de su gente, faltarles vecindad y participacion de personas humanas ejercitadas en los negocios y tráfigos del mundo, á quien ellos pudiesen imitar en sus obras, y con esto quedaban asperisimos en



todas sus obras, y de muy dura conversacion. En otras partes hallaban chozas y cabañas en que moraban hombres con sus mujeres y familias, apartados los unos de los otros. Así que los celtiberos españoles en aquella multitud, pudieron caminar libremente por donde les plugo, sin alguna contradiccion, y por sitios que más les agradaban, dejaban hechas poblaciones con figura de ciudad, abasteciéndolas de su misma gente.

Recibian eso mismo cuantos españoles naturales de las comarcas en que paraban se querian juntar con ellos. A los tales pueblos, aunque fueron pocos, pusieron nombres semejantes á los de los otros lugares que dejaban en la Celtiberia más antigua, donde primero salieron. Y trae muy buen camino lo que sospechan algunas personas de nuestro tiempo, ser uno destos lugares la ciudad que llamamos hoy dia Segovia, pueblo singular y magnífico, de muchos y grandes provechos en el reino de Castilla, por los artificios excelentes y tratos de paños y lanas, y de muchas otras cosas que se labran en ella; cuyos bienes y sitio dirémos adelante cuando llegáremos á la postrera parte desta nuestra crónica. Esta parece que la debieron llamar Segobriga cuando se fundó, por ser naturales los más principales que la poblaron de la Segobriga de Celtiberia, nombrada por este tiempo Segorve, y que despues vino á corromper un poco el vocablo de Segobriga en el nombre de Segovia que ahora tiene: de lo cual, si así fué, parece claro ser gran error el de muchos historiadores castellanos, que dicen haber sido Segovia poblacion del rey Hispan, y que la llamaron Segovia por estar cerca de una sierra llamada Govia, y que Segovia es nombre compuesto de dos palabras latinas, una Secus que significa cerca ó junto, y la otra Govia que es el nombre de la sierra, como si en aquellos tiempos de Hispan hubiese en España memoria de la lengua latina, ó de sus vocablos. Así que dejado esto, y tornando á nuestro primer intento, dicen las historias que por causa de aquellas poblaciones arriba dichas, que los celtiberos en el camino fundaron, el nombre dellos quedó dispartido por todas aquellas tierras españolas. Y dado que primero los naturales dellas tuviesen apellidos y nombradías de pueblos particulares ó propios, comenzaron á se contar muchos dellos por gente de Celtiberia, puesto que la verdadera region de Celtiberia fué la que ya señalamos en aquel tercero capítulo deste segundo libro. Mas aunque todas estas cosas se hiciesen por aquellas partidas, y muchos celtiberos se avecindasen y quedasen en los lugares sobredichos, todo el

cuerpo mayor y multitud de la gente caminaba siempre adelante con sus capitanes y guaidores, hasta que pararon en la provincia, llamada en aquella sazón Lusitania, cuyos aledaños ó linderos, fueron (segun otras veces declaramos) el rio Guadiana contra la parte meridional, Duero al Septentrion, al Occidente la costa del mar Océano, que se contiene entre las bocas destos dos rios, y al Oriente una raya que pasa de rio á rio, sacada por encima de las fronteras donde hallamos á Villanueva de la Serena, y se acaba tambien casi frontero de la mezcla de Pisuerga con el rio Duero. Ya dijimos en el mismo tercero capítulo deste segundo libro, toda la nacion de los celtiberos españoles estar dividida por parentelas y parcialidades que tenían nombres diversos entre sí, de los cuales eran unos llamados los Berones, que fueron siempre mucho tenidos entre los otros como linage señalado. Éstos, luégo que su gente se metió por la Lusitania, hicieron moradas en aquellos principios y partes orientales della, juntos á la raya sobredicha de sus mojonos, donde se multiplicaron en muchos lugares y villas, de las cuales fueron despues señaladas y magníficas una ciudad llamada Capari en los tiempos antiguos, en que son ahora las ventas nombradas de Caparra; otra llamada tambien Laconimurgo, que caia casi en la mitad del camino derecho, que va desde las mismas ventas de Caparra hasta Ciudad-Rodrigo. Despues comenzaron aquellos varones celtiberos á deramarse por otro gran espacio desta comarca, tomando cuanto por allí cae desde Duero hasta Guadiana, tanto, que toda la partida donde son ahora las villas y ciudades de Salamanca, Ledesma, Fermosel, Béjar, Ciudad-Rodrigo, se contaban en estos pueblos llamados antiguamente berones de la Lusitania, los cuales despues se vinieron á decir vetones, mudándoles dos letras no más en la pronunciacion, el cual apellido les duró muchos tiempos, aunque despues tambien muy más corruptamente se dijeron vergones, como los nombra Ptolomeo.

La comarca destos vetones lusitanos era de figura triangular, cuyo primer lado por la vuelta de Levante fué la raya oriental de la Lusitania, cuanto pasaba desde Duero hasta Guadiana. Por el otro lado septentrional tenía un pedazo del mismo rio Duero, desde la frontera de Pisuerga hasta cinco leguas en bajo de Fermosel, pueblo harto conocido sobre las riberas del mismo rio Duero dentro de la Lusitania vieja, tomando veintiseis leguas ó poco ménos de trecho. El otro lado más occidental venia desde aquel punto sobredicho por cerca de Ciudad-Rodrigo. Despues comenzaba siem-